Toltecas del Nuevo Milenio

La sabiduría indígena y el desarrollo de la conciencia en el mundo de hoy.

VICTOR SÁNCHEZ

NOTA DE CONTRATAPA

El también autor de Las Enseñanzas de Don Carlos nos presenta en esta obra, desde una perspectiva

antiantropológica, la trascendencia de la sap iduría y el desarrollo e la concien cia del pueblo Tolteca, cuya visión del mundo y la realidad existe en comunidades consagradas a mantener con vida su Tradición.

Toltecas del Nuevo Milenio alude al hecho de que en este momento preciso y por un breve lapso de tiempo, coinciden sobre este mundo dos tipos de Toltecas: los sobrevivientes de la época antigua (wirarrikas y otros grupos indígenas) y la nueva simiente de Toltecas que, pasado el tiempo de la dominación sobre los pueblos indios, tomará en su mano la “jícara del Conocimiento”, no por medio de la fundación de escuelas o iglesias, sino en la adopción de formas de vida congruentes con el Espíritu.

Adentrarse en la Toltequidad y en la visión que enseña el modo correcto de vivir (de acuerdo a los wirarrikas), es encontrarse con una práctica espiritual que nos conduce a ser parte integral de esta Tierra, alejándonos de la realidad aparente de la sociedad moderna que indefectiblemente nos lleva a creer que lo superficial es importante.

SOBRE EL AUTOR

Víctor Sánches es un investigador que partió de la maravilla de sus primeros encuentros con los

indígenas al estudio de la antropología académica; de allí regresó al mundo indígena y descubrió la antiantropología: una actitud de investigac ión que pone en énfasis en la experiencia humana del encuentro con la otredad, y no en la elaboración de reportes intelectuales que reducen la realidad a los estrechos límites del marco teórico.

A partir de sus aventuras en el mundo de la Naturaleza, recorriendo desiertos, selv as y montañas y explorando la comunicación con ballenas y delfines, nos propone el encuentro con ese mundo como el espacio idóneo para volver a nuestro ser natural y encontrar respuestas a las preguntas fundamentales,

todo mediante una participación con el cuerpo y con un ecologismo que nace desde el corazón y se

expresa como una forma de vida.

El cúmulo de sus experiencias en diferentes campos lo ha llevado a conformar una propuesta de desarrollo humano, a la que ha llamado “el arte de vivir a propósito”.

Agradecimientos

Deseo expresar mi reconocimiento a los siguientes seres, cuya presencia en el mundo ha contribuido de

modo muy significativo a la realización de la presente obra:

A mis teokaris, los jicareros de Santa María, por su sencillez y la alegría con que llevan a cabo la titánica tarea de mantener viva su Tradición, en medio de tiempos tan difíciles.

A Tere y María del Mar por su aporte e impulso en la realización de mis locuras. A Manolo y a René por su amistad y valentía en las batallas compartidas.

A mi padre el Sol.

A mi madre, la Tierra.

A mi hermano, el Venado. A mi abuelo, el Fuego.

Al Espíritu.

ÍNDICE

Introducción

PRIMERA PARTE: LA BÚSQUEDA DEL CONTACTO

Capítulo 1

Sobrevivencia de la Toltequidad

Capítulo II La Tarea

PARTE II: LA TRADICIÓN TOLTECA

Capítulo 3

Los Toltecas Históricos

Capítulo 4

Toltecayotl

Capítulo 5

La Tradición de los toltecas supervivientes

PARTE III: VIVENCIAS EN LA TOLTEQUIDAD

Capítulo 6

Antiantropología en Acción

Capítulo 7

Eclipse en LaUnarre

Capítulo 8

Augurio en la Montaña Sagrada

Capítulo 9

La peregrinación a Humun’ Kulluaby

Epilogo

Marcha de Poder en LaUnarre

INTRODUCCIÓN

No escribo estas líneas por capricho; tampoco tengo interés en presentarme como el heredero elegido para

ser el transmisor de la Tradición a la que estoy vinculado. Las escribo como parte de una tarea y una responsabilidad que me fue revelada entre indígenas de ascendencia tolteca. Aunque no voy a contar todo lo que he visto acerca de los procedimientos y cuerpo de prácticas de dicha Tradición, voy a hablar de cosas que yo personalmente hubiera preferido mantener en secreto. Pero esta tarea no es un asunto personal. Implica asumir mi responsabilidad como testigo y participante de una de las tradiciones espirituales más profundas y poderosas del mundo indígena mesoamericano, cuya sobrevivencia en los albores del nuevo milenio ofrece respuestas a las urgentes necesidades de cambio, que en la crisis de nuestro tiempo, requerimos los miembros de las sociedades modernas.

Como se podrá apreciar en el relato, no fui “elegido” por ningún maestro indígena poseedor de poderes ultraterrenos, debido a alguna cualidad particular. Lo que ocurrió fue que ‘me colé” a su realidad aparte, y me conecté con su tradición por causas que escapan a mi comprensión, pero en las que algo tuvo que ver la enorme generosidad de esa gente y la persistencia de mis esfuerzos.

La tesis principal de este libro es que la Tradición Tolteca no es una tradición muerta de la cual tenemos referencias sólo por relatos y leyendas, sino que es una tradición viva con practicantes vivos entre los indígenas de nuestro país, y que su supervivencia coincide históricamente con la presencia de buscadores

sinceros que; dejando de lado los caminos del fanatismo, la fantasía, o la ideología, están, de alguna manera,

esforzándose en una lucha similar a la que caracterizó a los toltecas de la antigúedad y que caracteriza a los sobrevivientes. Esta Tradición no sólo está sobreviviendo en los albores del nuevo milenio, sino que está convirtiéndose en la semilla que empieza a germinar y que apunta al renacimiento de la toltequidad, ya no desde el punto de vista étnico sino espiritual.

Como expliqué en mi anterior libro “Las Enseñanzas de Don Carlos”, el material que entonces presentaba era tan sólo una parte del trabajo que he venido realizando por más de quince años, tanto entre indígenas como en la formación de grupos de crecimiento. Quedaba pendiente la publicación de materiales que dieran testimonio de las demás áreas de la labor realizada.

El presente corresponde a la segunda parte de mi testimonio y se refiere a la experiencia concreta en el 4

mundo indígena. En breve, daré a conocer el tercer elemento de esta trilogía en la que me extiendo sobre el origen, naturaleza y método de mi trabajo con los grupos de desarrollo humano que he venido formando.

Hablaré de los indígenas, sí; pero no de aquellos que describen los antropólogos, convertidos por sus

interpretaciones en la expresión del atraso de la humanidad y en portadores de un folklore que, más tarde o más temprano, habrán de terminar en los museos o en los libros de etnología o historia, en los que nos seguirán hablando de nuestra riqueza cultural o nuestro ‘gran pasado histórico”. Tampoco hablaré de aquellos fantásticos indios sabios llenos de elaborados conceptos y pensamientos profundos, que tanto se parecen a los maestros espirituales venidos del oriente.

Los indios de los que puedo hablar, mis hermanos de la sierra, no se parecen a los indios de los libros de la literatura new age. No tienen nada que ver con lo que se enseña en los cursos de shamanismo, ni están interesados en tomarnos como aprendices. Están en lo suyo, lo cual dista bastante de nuestro mundo artificial dé conceptos y concreto\*. No obstante la distancia, hoy en día, es mortalmente i mportante para nosotros el aprender aunque sea un poco de eso en lo que ellos son expertos: El Encuentro con el Espíritu y la relación íntima y armónica con el Sol, La Tierra y el Fuego.

Los indios a los que me voy a referir, hablan muy poco y cuando lo hacen, no hablan como un profesor universitario, ni como un maestro budista. Tampoco caminan por las paredes, ni cruzan las barrancas levitando. Pero tienen una enorme ventaja respecto de los indios sabios de películas y libros; son de carne y hueso. Existen, y cualquiera que se tome el trabajo suficiente, puede verlos.

Estos indígenas cuyos conocimientos no se asemejan a los del mundo occidental, ni a los del oriental, son portadores de una Tradición propia sumamente eficiente, la cual no opera como un cuerpo de creencias o prácticas religiosas vacías, sino que es un conjunto de procedimientos precisos, que permiten al hombre experimentar una gama de experiencia y percepción, mucho más amplia de la que normalmente nos permite la cultura de la sociedad moderna de corte occidental.

En esta obra voy a exponer la forma en que los indígenas supervivientes de la antigua toltequidad buscan y encuentran al Espíritu y se relacionan con los principales poderios de la Naturaleza. Una forma en la que no hay libros, ideas, creencias, explicaciones, interpretaciones o intermediarios. Una forma en la que el asunto es entre cada uno y “aquello”. Nadie te promete ni te vende nada. Nadie te dice lo que habrás de encontrar.

Hablaré de un camino arduo y que dura toda una vida. Camino difícil, sí; pero real, contundente y tangible. Ese es el camino del Tolteca. Nada de historias, nada de creencias. Hacer y ver por uno mismo. Sin intermediarios.

Cabe aclarar, que me refiero a los indios con los que he convivido y aprendido llamándolos Toltecas,

retomando el uso que entre los pueblos autóctonos de México en el siglo XVI se hacía de la palabra Tolteca y con la que se referian al Hombre de Conocimiento, aquel que dominaba~ las artes y saberes más profundos. Quede claro pues, que ellos no se nombran a sí mismos toltecas sino wirrarika.

Otra razón para llamarlos “Toltecas Supervivientes de la Época Antigua”, es que son los herederos directos de la cultura espiritual de los toltecas históricos, a partir de la fusión entre toltecas y wirrarikas que se dio posterior a la desintegración de Tula, en la región conocida como Aztlán.

Los Toltecas del Nuevo Milenio son esos indígenas de la sierra que, contra viento y marea, han podido resistir las presiones más brutales que durante cinco siglos han intentado destruirlos. Son aquellos, que en la fuerza inefable de su Tradición; han encontrado los recursos suficientes para tener un pie puesto en el tercer milenio, sin haber perdido sus propios caminos de búsqueda y encuentro con la energía que sostiene al universo.

Pero los Toltecas del Nuevo Milenio no son sólo los supervivientes de la antigua Toltequidad. Son también aquellos seres humanos que en medio de la sociedad moderna, con todo su ruido y confusión, están abriendo caminos para recuperar la herencia mágica que nos fue robada; caminos que nos lleven a comprender y revitalizar nuestra conexión íntima con el Espíritu. Estos nuevos hombres y mujeres que -al igual que nuestros viejos abuelos de Tula- se unifican con el Sol, en la tarea de poner luz en medio de la oscuridad y el misterio, son la semilla de la nueva toltequidad.

Aún cuando este conocimiento puede despertar el interés sincero de aquellos que estén en la búsqueda de alternativas con sustancia, no es necesario ni conveniente que se produzca una invasión a los territorios indígenas, ya que es de vital importancia que se preserven las zonas de refugio, en las que los indígenas de ascendencia tolteca, han logrado sobrevivir, utilizando el aislamiento geográfico como protección contra la presencia del blanco o el mestizo, que siguen siendo una amenaza para la supervivencia de su cultura material y espiritual. Por la razón anterior, he cambiado los nombres de las comunidades en las que trabajo y de las personas que figuran en el relato. La verdad es que generalmente no soy amigo de andar ocultando cosas o disfrazando los hechos, pero han sido los propios indígenas de la sierra, los que me han pedido evitar al máximo el despertar la curiosidad de la gente, que podría dar lugar a una presencia no deseada de mestizos o blancos en las zonas que con tanta dificultad han conseguido mantener aisladas.

A pesar de lo anterior, me interesa enfatizar que los indígenas de los que hablo, están vivos y continúan con sus prácticas en este mismo momento. No maquillé los hechos ni los complementé con ficción como ocurre en tantos relatos no corroborables sobre ‘conocimiento indigena”, que en muchos casos están nutridos más de las fantasías occidentales acerca del ‘indio sabio”, que de la presentación de experiencias concretas.

5

Mi propuesta es que desarrollemos nuestros propios caminos hacia el encuentro del Tolteca que yace oculto y aguardando en el interior de cada uno de nosotros. Los rasgos principales del Camino del Tolteca, que podemos seguir sin invadir las comunidades indígenas, están contenidos en la obra “El Arte de Vivir A Propósito” en la que detallo la metodología y forma de trabajo que he desarrollado a través de los cursos, campamentos y talleres que en conjunto constituyen una propuesta de Desarrollo Humano, nutrida del conocimiento indígena y del encuentro no convencional con la Naturaleza.

Lo que he aprendido entre los Toltecas supervivientes, es apenas una parte de su conocimiento, pero el penetrar en su sentido cotidiano de integración con el mundo natural y compartir sus viajes por las insólitas posibilidades de la percepción, me ha puesto frente a lo que considero una lección furdamental que nos atañe a todos como humanos: somos seres luminosos. Sin in~.portar lo que nuestro ego y nuestras ideas digan acerca de nosotros mismos, la verdad esencial acerca de nuestra naturaleza, sigue siendo acorde a lo que expresaban nuestros abuelos en la vieja Tula:

*¡Somos los hijo del Sol!*

*¡Nuestra naturaleza es brillar..!*

Victor Sánchez

## CAPITULO 1

### SOBREVIVENCIA DE LA TOLTEQUIDAD

Utilizo la palabra Tolteca, tal como la seguían usando los aztecas a la llegada de los españoles, mucho

después de la desaparición de los toltecas históricos. Llamaban así al Hombre de Conocimiento y Toltequidad a ese quehacer que, según los relatos, leyendas, testimonios etnográficos y arqueológicos, caracterizaba a los toltecas de la antiguedad y que expresaba su vocación hacia las cosas del Conocimiento y del retomo al Espíritu. Desde esta perspectiva, podemos llamar toltecas a los grupos que, aún cuando no sean tales desde el punto de vista de la clasificación etnohistórica, tienen sin embargo, una marcada influencia de los toltecas históricos, o comparten con ellos el interés activo que estos tenían por el Conocimiento y las formas específicas en las que lo expresan.

Más allá de los toltecas históricos, la Toltequidad ha estado presente en muchos grupos indígenas de la época precolombina. Podemos encontrar la influencia tolteca en casi todos los pueblos mesoamericanos y aún más allá.

Aunque la conquista y posterior colonización de los territorios indígenas acabó literalmente con pueblos enteros, algunos sobrevivieron y con ellos sobrevivió también la Toltequidad. El grado en el que los grupos sobrevivientes han conservado hasta las postrimerias del siglo XX su condición étnica, ha sido muy variado, dependiendo de múltiples factores como la ubicación geográfica, la densidad de población y la cohesión interna, por citar sólo algunos.

Así, existen grupos que racialmente se conservan relativamente puros, pero que han perdido su idioma y su cultura originales. También existen los que han conseguido soportar los cinco siglos de presión de todo tipo, conservando casi intactas su cultura, religión y forma de vida. Es entre estos últimos, donde las huellas del Conocimiento Tolteca se conservan todavía frescas.

Semejante logro no ha sido fácil. Durante quinientos años los indios han sido el último peldaño de la sociedad nacional. Primero fueron los soldados españoles y sus armas de fuego. Después fue la iglesia y la administración colonial. Posteriormente los proyectos integracionistas de la sociedad nacional mexicana que

también apuntaban a su desintegración como naciones y pueblos autóctonos. Capitalistas, caciques y

terratenientes les han arrebatado las tierras y los han convertido en peones -casi esclavos- con sueldos miserables. En épocas más recientes -ayudados de tecnologías modernas y fuertes recursos económicos- las múltiples iglesias nacionales y extranjeras han querido ver en ellos una nueva y sustanciosa clientela para su proselitismo religioso. Por todo esto, desde el siglo XVI y hasta nuestros días, la mayoria de los pueblos indígenas han ido sucumbiendo. Ya sea por desaparición física o de su cultura, o por la fusión con la sociedad mestiza, la población indígena que conserva una clara conexión con su raíz, ha disminuido drásticamente. Todos estos factores: la conquista, las enfermedades llegadas de Europa, la evangelización forzada, el periodo colonial, el desarrollo capitalista y la industrialización, han ido barriendo palmo a palmo y durante medio milenio el antiguo territorio indígena, hasta casi hacer desaparecer a las antiguas culturas de “flor y canto”. Cada una de estas fuerzas del exterior ha luchado, con todos los recursos a su alcance, para hacer que los pueblos indios renuncien a su cultura, su religión, su modo de ser y su orgullo. Los que llegaron de fuera apropiándose 6

de todo, han insistido y siguen insistiendo, pero los pueblos autóctonos de México y de América no se rinden. Siguen en pie, aunque para ello hallan tenido que alejarse de sus territorios originales en las planicies, yéndose a refugiar a las sierras más inaccesibles.

Estos pueblos, que contra viento y marea han sabido defender su modo de ser a costa de todo, son los

responsables de que hoy, justo a punto de iniciarse el nuevo milenio, la Toltequidad con sus prácticas y rituales, siga viva.

En México existen en la actualidad cincuenta y siete grupos étnicos, además de la población mestiza. La mayoría constituyen núcleos reducidos en población. Entre los más numerosos podemos citar a los náhuas,

mazatecos, wirrarikas, zapotecos, otomies, totonacas, yaquis y tarahumaras. Cada grupo étnico ha defendido a su manera su propia identidad. Algunos aparentan haberse aculturado ya que han adoptado la forma de vestir

del mestizo y hablan español. Sin embargo, una observación mas cuidadosa a menudo revela la persistencia

de un modo de ser interno netamente indígena, a pesar de la apariencia externa.

Uno de los aspectos más lamentable en el proceso de pérdida de identidad étnica, lo constituye el llamado “estigma” de la condición indígena. Este consiste en el hecho de que, debido a la miseria en que se encuentran la mayoría de los indígenas en la actualidad, muchos de ellos sienten vergúenza de ser indios. Viendo al blanco y al mestizo como el que supuestamente tiene dinero, salud y bienestar, tratan de “amestizarse” rechazando su propia lengua, su tradicional forma de vestir, etc. Es común en muchas comunidades-escuchar a los ancianos quejarse por la falta de interés de los jóvenes por las costumbres de sus antepasados. Con todo, sobreviven en un mundo donde la pobreza y el hambre son extremas. No se les puede juzgar.

Afortunadamente no todos los pueblos indígenas han corrido la misma suerte; también los hay que conservan idioma, vestido, religión y costumbres prácticamente sin contaminar. Son los menos y los más dificiles de

contactar, pero su significado para nuestra época actual es de la mayor relevancia, ya que son ellos los

verdaderos portadores de las tradiciones sagradas del México prehispánico.

**La búsqueda del contacto**

He tenido la suerte de recorrer amplias zonas de mi país, México, interesándome en especial aquellas en

donde la naturaleza reina casi sin la interferencia del hombre. Parece increíble, pero afortunadamente, todavía existen lugares así en nuestro país. En mi búsqueda por encontrarme con la naturaleza y su equilibrio, descubri a quienes por siglos han sabido cómo vivir en armonía con ella: los indios de México. He conocido y convivido con diferentes grupos y comunidades indígenas: náhuas, tzotziles, tzeltales, mazatecos, matlatzincas, wirrarikas, mixtecos, zapotecos y totonacas. De entre ellos, mis experiencias más definitivas las he vivido entre

náhuas y wirrarikas, quedándome la fuerte impresión de que era en estos dos grupos donde mejor y más puro se había conservado el antiguo conocimiento tolteca. Los náhuas por ser los descendientes más directos de los pobladores de Tula y los wirrarikas por la vecindad geográfica con los toltecas de Aztlán. Pero más allá de las asociaciones geográficas, migratorias o genealógicas, está la persistente actitud espiritual en la que estos grupos se hermanan con los toltecas de la antigtiedad.

He podido contactar con las tradiciones espirituales y los métodos de Conocimiento y expansión de la conciencia que, se han conservado entre los indígenas de diversas formas. Para hacerlas más comprensibles, las podemos clasificar en tres categorlas:

La primera y la más general es la cosmovisión de origen prehispánico que comparten prácticamente todos los miembros de una comunidad indígena. Talesconocimientos se pueden encontrar (si se tiene la capacidad de ver más allá de la propia cultura) casi en cualquier individuo de la comunidad de que se trate. La conciencia de la muerte, la relación íntima con la naturaleza, la conciencia de la tierra como ser vivo, la conciencia del cuerno de soñar (entre los wirrarikas), etc.

La segunda categoría se refiere a los conocimientos, métodos, prácticas y rituales que realizan individuos o grupos especiales dentro de la comunidad. Entre los wirrarikas por ejemplo, un marakame cualquiera, o el marakame principal de la comunidad y el grupo de “jicareros” (\*) que dirige son miembros reconocidos por toda la comunidad, en la cual juegan un papel muy importante, como encargados de todo lo relativo a las actividades religiosas de la comunidad. Pero al mismo tiempo tienen toda una serie de prácticas desconocidas para quienes -siendo de la misma comunidad- no forman parte de este selecto grupo de iniciados.

(\*)Los jicareros son un grupo espiritual cuyos miembros son los encargados de la conservación de la Tradición. Son alrededor de treinta y cada uno de ellos representa a los espíritus originales, que dieron origen

al mundo y a la Tradición misma, por lo que su vida en general y sus tareas especificas, guardan una relación precisa con las acciones que, de acuerdo a la historia de la creación del mundo -según los wirrarikas- llevó a cabo cada uno de los espíritus originales o ‘kakayares’.

La tercera y última categoría la forman los linajes, los cuales están constituidos por grupos pequeños de

individuos que, de generación en generación y por tradición oral han conservado determinadas prácticas del conocimiento antiguo, en el más completo secreto, de tal manera que la existencia de tales linajes pasa inadvertida incluso para el resto de la comunidad de la que forman parte. Sus integrantes pasan a la vista de los demás como campesinos, comerciantes, artesanos, curanderos, o lo que hayan escogido aparentar. En tiempos muy recientes y de modo completamente excepcional, estos linajes, en ocasiones, llegan a incorporar a individuos no-indígenas a sus prácticas.

Aunque he contactado con esta Tradición bajo las tres formas mencionadas, por ahora sólo puedo referirme públicamente a las experiencias relacionadas con las dos primeras categorias y muy indirectamente a la tercera.

**Náhuas y wirarrikas, la Toltequldad sobreviviente**

Fue entre los náhuas donde viví mi nacimiento como guerrero de la Toltequidad, que más que un membrete o

título es una disposición ante la vida. Luchamos por hacer de cada acto un desafio y de cada tarea emprendida, un paso más hacia el Espíritu. Esto sucedió en una comunidad Náhuatí, enclavada en una alta serranía de México Central. Dicha comunidad presentaba la peculiaridad de conservar vivos antiguos ritos de

enlace con la conciencia de la tierra, que provocaban en los participantes una muy especial conciencia

perceptiva, desconocida por la mayoría de la gente y que Castaneda llama segunda atención. Esto sucedía muy a pesar de que en el pueblo existe una iglesia muy grande y antigua que data de finales del siglo XVI.

La presencia de un sacerdote católico, ha sido parte de la vida comunitaria desde hace siglos. Y desde hace siglos el cura de turno del lugar luchó siempre por erradicar lo que consideraba prácticas paganas y hasta satánicas de los indios.

Cuando llegué por primera vez a dicha comunidad, me contaron -tanto el nuevo cura como los mismos

indígenas y cada cual a su manera- que hacia menos de un año que se había ido del pueblo el anterior sacerdote, un hombre muy anciano y un tanto colérico que había luchado durante diez años con todos los medios a su alcance por erradicar la “idolatría” persistente en el lugar. Lo que tanto ofendía al santo varón era que los indios de la comunidad -que frente a él y durante todo el año fingían conducirse como “buenos cristianos”- sin mediar aviso alguno, súbitamente desaparecían de sus casas y ranchitos para irse durante tres días a participar en ritos de origen prehispánico relacionados con el culto a la tierra. Lo hacían en unas cuevas secretas de la región, que el sacerdote enojón no había podido encontrar por más que lo había intentado. Esto ocurría año tras año. Y dado que la fecha era variable ¡ estaba relacionada con la evolución del ciclo agrícola más que con el calendario, no había modo de que el cura supiera cuándo iba a ocurrir. Hizo todo cuanto pudo, incluso organizar peregrinaciones con un Cristo en andas para “exorcizar” los diferentes cerros del lugar. Y nada. Esos inditos eran más tercos de lo que se esperaba. Los domingos en misa, sobre todo después de la misteriosa desaparición por tres días, el cura los regañaba colérico y lo hacía en náhuatl ya que después de los primeros años aprendió a hablar.o con fluidez. Así, en su propio idioma los increpaba dentro de la iglesia llama idoles adoradores del diablo, al cual, para nombrarlo existe en náhuatí una palabra que los indios nunca pronuncian, debido a que entre ellos como entre los diferentes pueblos de ascendencia tolteca, la palabra tiene un sentido mágico de convocatoria. Nombrar algo es llamarlo, atraerlo.

Pues sucedía entonces que el hombre los amenazaba con la condenación, nombrando al diablo una y otra vez. Los indígenas (los pocos que asistían a misa) , no sabían donde meterse cuando el hombre se atrevía a

¡llamar al diablo en la casa de Dios!, se ponían muy nerviosos y ya no querían regresar a la iglesia. Hasta que un buen día sucedió lo más lógico en circunstancias semejantes. Era una día lluvioso de esos de la sierra, en

que cuando llueve no llueve sino que diluvia, se desató una tormenta con muchos rayos y relámpagos. Y he aquí que un rayo penetró en la iglesia aterrizando justamente en el altar que se quemó por completo. El cura

se asustó tanto que decidió marcharse. Para los indígenas era completamente natural; un mínimo castigo ante

la enorme ofensa de llamar al diablo en la casa de Dios. No conocí al famoso cura, pero pude ver el altar quemado por efectos del rayo. La última vez que estuve allí, hace como cuatro años, los rituales del recuerdo de la tierra seguían vivos y las cuevas en cuestión seguían permaneciendo secretas.

En aquel lugar tuve la suerte de ser aceptado como “ahijado” de uno de los encargados de organizar y proteger la practica de los rituales y las cuevas mencionadas, así como las grandes figuras de piedra de origen precolombino que en ellas se encuentran. Hasta donde yo sé, fue así como me convertí en la única persona ajena a la comunidad indígena en conocer la ubicación de las cuevas y la naturaleza de los rituales que allí se practican. Por razones obvias, nunca he revelado el lugar preciso donde se encuentran.

Si mi nacimiento a la vida del guerrero en la línea tolteca ocurrió entre los náhuas, mi” mayoría de edad” la alcancé entre los wirrarikas, que como grupo étnico me parece el más “tolteca” de cuantos he conocido, por la naturaleza de sus prácticas y rituales, así como por su forma de vida cotidiana.

**Las prácticas “castanedianas”**

Digo que alcancé con los wirrarikas mi mayoría de edad, porque lo que viví con ellos fue la experimentación

concreta de mucho de lo que para mí eran sueños, cosas que intelectualmente me parecían atractivas sin que en el fondo supiera de verdad si existían o no. Para el tiempo de mi primer contacto con los wirrarikas, yo ya tenía algún trecho andado, tanto por lo vivido entre los náhuas, como por la búsqueda que realizaba en mi vida diaria, del verdadero crecimiento que comienza siempre en nuestro ser interno. Uno de los trabajos que en este sentido venía yo haciendo, se derivaba de la lectura de los libros de Carlos Castaneda, los cuales me resultaron sumamente atractivos por el hecho de que sus temas y el Conocimiento al que aludían, eran muy similares a lo que yo venía encontrándome entre los indígenas de la sierra. Dado que las prácticas derivadas 8

de esas lecturas fueron uno de los factores que me dotaron de herramientas para poder asimilar mis vivencias entre los wirrarikas, considero conveniente hacer una breve disgreción al respecto.

Prácticas como las observaciones de no-hacer, orientarse en la oscuridad con la percepción corporal, la marcha de poder, la conciencia de la muerte, la segunda atención, ejercicios de relación no ordinaria con la conciencia de la tierra, parar el diálogo interno, el enlace con la conciencia de los árboles y la utilización

pragmática de los sueños, entre muchas otras, me eran relativamente familiares por lo vivido entre los Náhuas.

Sin embargo, gran parte de lo que Castaneda escribía eran para mí solamente relatos de poder. Aún cuando la obra ocupó un lugar importante en mí vida, no me dio por buscar a don Juan ni al mismo Carlos. La observación silenciosa de la naturaleza y el Saber sin palabras de los toltecas sobrevivientes, me habían aclarado bastante como para no estar enredado ya en la fantasía del maestro como vía a la libertad o al Conocimiento. El propio Castaneda era claro en ese sentido. En lugar de buscarme un nagual, procedí con mi propia energía siguiendo la premisa de don Juan Matus: “... Un guerrero es impecable cuando confía en su poder personal, sin importar que sea pequeño o enorme..” (véase Carlos Castaneda, Viaje a ixdán, México,

1974)

Me puse a practicar por mi mismo las estrafalarias técnicas donjuanescas, lo que vino a añadirse a lo que venía ya realizando. Hice largas y repetidas caminatas de atención, me enterré, pasé noches suspendido en un árbol, hice recapitulación, no-haceres del yo personal, inventarios de energía, como pude borré mi historia

personal y hasta llegué a ver. Muchas y muy prolongadas fueron mis experiencias en lo que yo llamaba, “el

estudio vivencial de la obra de Carlos Castaneda”. El resultado era contundente: las técnicas funcionaban y revelaban la existencia de una forma de conciencia inusual (la conciencia del otro yo) que implicaba un sinnúmero de recursos ocultos dentro de cada uno de nosotros, así como formas de percepción y de utilización de nuestra energía en términos muy distintos a lo ordinario.

(He detallado la forma en que fui aplicando las propuestas castanedianas en el libro “LAS ENSEÑANZAS DE

DON CARLOS. Aplicaciones Prácticas de la Obra de Carlos Castaneda” publicada por, editorial Círculo

Cuadrado, México y EcL HAVIL4H, Madrid 1992.)

Además de los “fenómenos raros” que suelen captar la atención de los lectores (aliados, hablar con los árboles o la tierra, sensación de vuelo, percibir como un lobo, correr en la oscuridad, conciencia del cuerpo de soñar, etc..), las prácticas castanedianas me pusieron de frente a algo que en última instancia es mucho más

relevante; tenía razón don Juan, el mundo que percibimos así como el yo (nuestro propio ego), no es más que

una descripción. Una fantasía que sólo parece real por nuestra insistencia en actuar como si fuera real. Parar el mundo, parar el yo, es mucho más que extraordinarios efectos visuales; es, nada más y nada menos que la posibilidad realizada de experimentar mundos y formas de ser y percibir distintos. Distintos y mejores.

Detener la contradictoria descripción del mundo que cotidianamente construimos y vemos, es el verdadero paso a la libertad que nos permite construirnos mundos mejores para habitar en ellos cotidianamente. Parar la descripción de mi mismo, basada en la importancia personal, llena de quejas, frustraciones y mezquindades, es el paso concreto a la libertad de escoger como ser, de acuerdo a las distintas situaciones que enfrentemos. Dejar de ser esclavo de una forma única de ser. Terminar con la esclavitud de estar determinados por nuestra historia personal. De romper los estrechos límites que nos marca nuestra propia imagen, creada artificialmente. Adiós al ser y al vivir unilineálmente.

El practicar una las técnicas castanedianas me permitió descubrir, en suma, que somos libres. Podemos escoger cómo ser y cómo vivir.

Llevaba poco tiempo experimentando con las técnicas de Castaneda, cuando tuve mi primera experiencia con los wirrarikas; al principio, como la mayoria de los observadores urbanos, sólo podía mirar -desde fuera- lo

que hacían. No me daba cuenta que, más allá de lo que mis ojos y mi mente podían registrar, aquellos hombres estaban interactuando en una realidad aparte que yo ni siquiera imaginaba (en el capítulo siguiente

habré de referirme a aquella época).

El correr del tiempo y los hechos de mi vida, me permitieron reunir la energía necesaria para dar el paso definitivo y “saltar” dentro de la realidad aparte. Ese cruce de líneas paralelas, me reveló por fin lo que a la vez temí y anhelaba; los relatos de poder, se convertían en realidad. No era lo mismo jugar intelectualmente con conceptos como “realidad no ordinaria” que supuestamente me tomaba muy en serio, que corroborar corporalmente que esa realidad aparte existía, y que podía ser compartida con otros seres humanos, por días o semanas enteras. Se dice fácil; pero se requiere de muchos esfuerzos y de un propósito inflexible que nos lleve a actuar, a pesar del miedo o la tristeza que le vienen a uno, cuando se encuentra con mundos y realidades para los que no fuimos preparados. La verdadera dificultad para penetrar en los mundos paralelos es que no podemos aceptarlos. ¿Cómo aceptarlos cuando toda la seguridad de nuestro ego radica en la continuidad que atribuimos a nuestro mundo cotidiano, sin importar lo absurdo y efímero que sea? ¿cómo aceptar lo desconocido cuando de toda la vida hemos aprendido a temer y a negar todo cuanto no nos fuera conocido...?

La negación de lo desconocido es una caracteristica intrínseca de la cultura occidental, que se ha apoderado de casi todo el planeta. No ocurre así con otros pueblos de la tierra. Entre los indígenas por ejemplo, la existencia de múltiples fenómenos inexplicables es cosa normal en sus vidas cotidianas. Están acostumbrados

a vivir con el Misterio. Asumen sin dificultad que hay cosas que pueden ser explicadas y otras que no. Como no

tienen a la importancia personal como el centro de su cultura, lo desconocido no les ofende. Esto les permite experimentar la realidad explicable (tonal) y la inexplicable (nagual).

9

Lo contrario le ocurre al hombre moderno. Su seguridad y sentido de auto importancia radica en sentir que lo conoce todo, que lo puede explicar todo. Por esta razón, si algo nuevo se presenta a su observación, se apresura a convertirlo en conocido; hace toda clase de asociaciones mentales para convertir lo desconocido y poder afirmar siempre “¡si, esto ya lo conozco!, se parece a tal o cual cosa que yo estudié, conocí o vi en tal ocasión...”. El caso extremo es que, si lo que aparece ante él no puede ser encajado en lo que ya conoce, sencillamente no lo ve, aunque lo tenga frente a sus ojos ¡y ni siquiera se entera de lo que le está ocurriendo!.

Sin duda que el precio que pagamos por nuestra importancia personal esaltísimo; quedar atrapados en un

sólo mundo (bastante pinche por cierto) ¡cuando podemos habitar tantos mundos mucho más ricos y variados en nuestro tiempo de vida!. Por otra parte, el rescate de la posibilidad de acceder a tales mundos se logra fundamentalmente con la energía extra de que dispondremos si conseguimos disminuir nuestra importancia

personal y reincorporar el misterio en nuestras vidas; finalmente, todo es cuestión de contar con el poder

personal suficiente.

Volviendo a los wirrarikas podemos decir que -en general- habitan en una realidad separada de la que normalmente conocemos. La mayoria de ellos se encuentran en lo que podríamos llamar “la periferia de la realidad aparte”, mientras que otros -los más dedicados al espíritu y gracias a su nivel de energía-, habitan regiones mucho más profundas de dicha realidad. Vivir entre ellos me produjo un “jalón”’ hacia su

realidad aparte y me hizo experimentar cosas mucho más extraordinarias que mis más fantásticas ilusiones. (Jalón: en México “tirón”, fuerza que mueve a uno en un sentido).

**Los Toltecas de la sierra**

Mis amigos wirrarikas son básicamente seres humanos ocupados en sus asuntos. Me “colé” en su mundo

gracias a su generosidad y a mi persistencia. No me necesitaban para lo que hacían y probablemente hasta les estorbe un poco. El Conocimiento(pasmoso) en el que están inmersos, no es verbal en absoluto sino que consiste en prácticas y vivencias concretas. No hay explicaciones ni instrucciones. Se aprende haciendo, no pensando. Su conservación no implica libros sagrados ni sacerdotes o jerarquías religiosas, ni siquiera una tradición oral, ya que la parte sustancial se conserva a través de un cuerpo de prácticas sostenida de generación en generación.

Los indígenas de los que hablo en este libro no comparten la escala de valores que nos resulta normal en la sociedad moderna. Están en otro mundo que no se puede imaginar si no se lo vive. Lo que los hace admirables no es la realización de prodigios contra las leyes de la fisica (de las que sabemos tan poco) ni la ejecución de fenómenos paranormales o la posesión de poderes sobrenaturales. Lo que los hace admirables es que aman y respetan al mundo de la naturaleza y no a la importancia personal y sus proyecciones como hacemos nosotros, que conocen y utilizan pragmáticamente el aspecto naguálico de la conciencia humana y del mundo, mientras que nosotros, poco o nada sabemos al respecto. Son admirables porque son diferentes y su diferencia los convierte en maestros de un conocimiento mágico ante nuestros ojos, aunque no tengan interés en enseñamos nada, ya que están demasiado ocupados en aprender, su diferencia les permite experimentar facetas de la realidad y de la percepción extraordinarias, muy difíciles de describir a quien no lo ha vivido con ellos. No se trata de la búsqueda de lo raro por lo raro en sí; sino que implica enormes resultados en lo que se refiere a un vivir pleno y equilibrado, además de intenso. Se vive mejor cuando se incorpora en el vivir el rostro desconocido de la realidad y de nosotros mismos; y sobre ese tema mis amigos indígenas, los sobrevivientes de los tiempos antiguos, saben verdaderamente mucho. Y son admirables sobre todo porque están vivos y existen ahora mismo en este mundo, porque para hacerlo han tenido que sobrevivir por más de cinco siglos a una lucha sin tregua por acabar con ellos, contra la sociedad occidental que sigue obsesionada por destruir todo lo que sea diferente, lo que no la refleje y la confirme.

Una de las cosas que más llamaron mi atención entre estos toltecas sobrevivientes, es que en sus prácticas espirituales como en su vida no representan las cosas. Las viven realmente. Cuando están haciendo la confesión no hacen “como si” se confesaran; se confiesan realmente. Cuando están frente al abuelo fuego no hacen “como si” se comunicaran con él; le abren completamente su corazón le hablan y lo escuchan. No fingen que van a “cazar venados” en Humun’ Kulluaby. Realmente viven un compromiso en el que ponen todo su ser, sin reservas, para encontrar su venado que no es otro que la visión que les enseñe... “. el modo correcto de vivir”.

Frente a ellos, los hombres de la sociedad moderna parecemos como seres que siempre están mintiendo, haciendo como si las cosas les importaran, como si amáramos realmente, como si fuéramos importantes, como

si fuéramos sinceros, como si nos gustara nuestro trabajo, como si disfrutáramos nuestros vicios, como si nuestras batallas fueran nuestras, como si...; siempre “como si...”. Por eso suelo decir que lo que me gusta

tanto de esos seres humanos es que son reales en cada uno de sus actos. Un poquito que se nos pegue, tan

sólo un poco que aprendamos a ser como ellos, será ya una ganancia enorme.

(Un ejemplo de esto, lo vivimos una noche durante la “caceria del venado” posterior a la peregrinación sagrada, recuerda mi amigo Manolo que “esa noche no parecía especial. Bailaron un rato pero pronto todos domnan. Yo estaba muy nostálgico pues la idea de la ciudad respecto a la magia que estaba viviendo no me agradaba. No podía dormir y comencé a tomar notas a la luz del Riego. Luego de un rato muy clavado en lo 10

que escribía (una canción) recibí el último gran regalo del viaje. Cuando parecía que ya nada sucedería Tenía un rato escribiendo cuando la sensación de un movimiento cercano me hizo levantar la vista Todos dormían Antonio se incorporó lentamente, se acerco al fuego y comenzó a hablar con él, con un sentimiento tremendo, total. Para ese hombre yo no existía, pero yo me impregnaba de todo su sentimiento. Era como si estuviera hablando con alguien muy íntimo, hacia pausas y EL FUEGO LE CONTESTABA, no se como sucedía ni como yo lo sabia, pero le contestaba. La comunicación era evidente. Amonio maracamne lloraba, y de pronto, tan repentino como todo comenzó, terminó. Dio la vuelta y volvió a dormir. ¿Donde está este hombre? ¿que mundo está viviendo en estos momentos?. Lo que pude sentir con claridad es que es maravilloso. La visión del mundo de esta gente está en la percepción de estos seres vivientes que los acompañan activamente, el Abuelo Fuego, el Hermano venado, el Padre Sol y la Madre Tierra y no hay rollos, ni explicaciones, quejas ni juicios. Solo impecabilidad. No queda más que llorar.)

## CAPITULO II

### La Tarea

**El Venado de Humun Kulluaby**

También yo fui a Humun’ Kulluaby buscando mi venado. Y lo encontré. Me queda de ese encuentro mucho

más que un recuerdo hermoso. Me queda el compromiso de asumir y responder a lo que el venado me dijo. Mi venado tiene dos cuernos; uno de ellos se refiere a mi lucha por ser una personal real y vivir una vida verdadera, tiene que ver con mi mundo personal, presente en todo cuanto hago. El otro tiene que ver con el mundo en que me tocó vivir; con el tiempo y el espacio que comparto con la gente de esta generación y de esta época. Este último punto me quedó claro al final de mi estancia en Humun’ Kulluaby, durante el descenso del Cerro Sagrado La’ Unarre, también conocido como «El Palacio del Gobernador” (el sol) o simplemente “El Palacio”. Allí, mientras corría detrás del marakame y el urukuakame, me fue dada la instrucción de lo que debía escribir en este libro. No podría establecer intelectualmente de donde vino la instrucción, pero me quedó muy claro que era un comando que no podía desobedecer. Y aquí estoy.

Fue allí también que la voz me dictó el título que tendría: “TOLTECAS DEL NUEVO MILENIO”. Este título alude al hecho de que en este momento preciso, justo en los albores del nuevo milenio y por un breve lapso de tiempo, coincidimos sobre este mundo dos tipos diferentes de Toltecas. Los Toltecas sobrevivientes de la época antigua (wirrarikas y otros grupos indígenas) y la nueva simiente de Toltecas que pasado el tiempo de la predominancia de los pueblos indios, tomarán en sus manos la “Jícara del Conocimiento” no por medio de la fundación de escuelas o iglesias, sino en la adopción de formas de vida congruentes con el Espíritu.

Esta nueva Toltequidad naciente, tiene en este momento la oportunidad y la responsabilidad de aprovechar la presencia de los Toltecas sobrevivientes de la época antigua, no tanto a través del contacto fisico con ellos, el cual se puede dar muy ocasionalmente, si acaso, como a través de el desarrollo de acciones acordes con el mismo espíritu Tolteca que los anima. Estas acciones comienzan con la decisión de tomarnos cada uno la responsabilidad de nuestro propio Crecimiento y reencuentro con el Espíritu. Al hacerlo, nos estaremos hermanando con los indígenas de la sierra que están sumergidos de cuerpo entero en la tarea. Lo privilegiado del momento que nos está tocando vivir es que gracias a que en esta época hay marakames en relación íntima con el Abuelo Fuego, con nuestra madre Tatei Urianaka (Tlaltipac,. La Tierra, Gaia, etc.,) y con el Espíritu mismo, el canal de comunicación está abierto y los caminos de retorno son visibles, lo que aumenta nuestras posibilidades de éxito en la búsqueda del contacto. Nos toca ahora a nosotros aprender a mantener abiertos esos canales y operando los caminos de Retorno al Espíritu antes de que nos quedemos solos, ahora que ellos todavía están aquí.

Juntos, los indígenas sobrevivientes -herederos directos del antiguo Espíritu Tolteca- y los buscadores sinceros y decididos, que solos o en grupos, están librando la batalla por realizar el camino de retorno, constituyen ese grupo especial -privilegiado por la maravilla de estar despierto y condenado por la

responsabilidad de no olvidar- y al que he llamado Los Toltecas del Nuevo Milenio.

Para cumplir cabalmente con la tarea en la que estoy inmerso, tengo que llevarme a mí mismo a ser capaz de realizar mucho más de lo que hasta ahora he hecho. Escribir por ejemplo, no es algo que se me dé de modo natural. En realidad yo no soy escritor. Ocurre que a veces, por breves lapsos de mi vida, me comporto como tal. Dedico un porcentaje menor al uno por ciento de mi tiempo a escribir. Escribo cuando de plano ya no me queda más remedio. Esto se debe a que el solitario ejercicio de escribir, dista mucho de lo que me resulta más natural: estar en medio de la acción del descubrimiento que suele producirse tanto a nivel externo e interno simultáneamente, ya sea en regiones apartadas e inaccesibles de la naturaleza o de la realidad.

**Mas allá de la Antropología**

Soy consciente de que la realidad indígena puede ser examinada desde muchos ángulos, incluyendo los

habituales de la antropología. No obstante, mi trabajo se ha referido, sobre todo, a esas áreas donde el 11

académico no puede penetrar, en razón del apego que tiene a su formación y a su condición de hombre o mujer “civilizado”. El punto es que llegar a experimentar por uno mismo esas facetas insospechadas para nosotros, de la percepción e interacción, con aspectos desconocidos de la realidad y de la conciencia, tiene un significado y una repercusión muy grandes para nuestro tiempo y nuestro modo de existir cotidianos. Nos abre la puerta al encuentro de lo que nos falta para recuperar el equilibrio que perdimos desde hace muchos años como personas, y desde hace siglos o milenios, como humanidad. Esa es la razón de que mi trabajo, visto desde un punto de vista global, no se lleva a cabo con exclusividad en el mundo indígena, sino que tiene su contrapartida en todos los trabajos que realizamos entre los no indígenas, entre la gente de las ciudades, implicada en los problemas de la vida moderna.

La antropología social o etnología, que supuestamente debería ser el canal a través del cual llegáramos a conocer lo desconocido de “los otros” (por ejemplo los indios), es en realidad un pequeño universo cerrado, que parte del ámbito académico y se dirige al mismo ámbito académico, del cual buscará la aprobación. La realidad de “los otros” se toca, -si acaso-, muy superficialmente. La gente de la calle no suele obtener ningún beneficio, avance o transformación, y ni siquiera se entera de lo que los antropólogos hacen. Los destinatarios de sus quehaceres no son los indígenas, ni la gente de su sociedad, ni ellos mismos como individuos, sino sus jefes en las dependencias de Gobierno u otros antropólogos, que habrán de calificar y (si tienen esa suerte), aplaudir la validez de su trabajo.

Por mi parte, quise ocuparme, precisamente, de aquellas áreas que los investigadores académicos no quisieron o no pudieron descubrir; o de cuya existencia sospecharon, pero no incursionaron en ellas y silo hicieron, no se atrevieron a asumirlo públicamente por temor a perder el “rigor científico” o el reconocimiento de

sus colegas del “establishment” académico.

Como antiantropólogo, no me tengo que preocupar de semejantes asuntos, y por tanto dispongo de mucha más libertad, y me puedo permitir el sumergirme en la experiencia del encuentro, involucrando la totalidad de mi ser. Dispuesto a ser transformado en el proceso. No me importa aprobar el examen de “rigor cientifico” que obsesiona tanto a los académicos. Me interesa dar un testimonio de lo que sucede cuando uno se atreve a dar ese “salto mortal de la razón”, y se brinca la barrera del yo, con todo, con su historia e importancia personales.

Por un lado está lo que se puede presentar como “investigación científica’, y que puede, de forma eventual convencer a otros “científicos sociales” sin que surja sorpresa o conejo alguno del sombrero. Todo está en orden y bajo control. Los científicos lo comprendemos casi todo, y lo que nos falta ya lo entenderemos; es cuestión de tiempo. Pero por otro lado está lo que uno puede vivir y que no cabe en los esquemas netamente “tonales”(\*) de la razón. Creo que es importante que nos atrevamos a explorarlo y darlo a conocer. (\*) La parte racional de la conciencia y el universo perceptual que está vinculado a ella.

**Científicos contra Esotéricos**

Durante mucho tiempo dominaron el panorama del “conocimiento indígena” dos bandos en apariencia

irreconciliables, pero en el fondo, con bastantes cosas en común: en uno, se ubicaban los “científicos sociales” con su obsesión en buscar comprobaciones congruentes con la existencia de una sola realidad (siempre acorde con su ideología o “marco teórico” preferido); en el otro, encontrábamos a todo un ejército de amigos de la fantasía y de quedarse sentados demasiado tiempo, propensos a evadirse de su propia realidad a través del uso de la mariguana o el alcohol, y a saturarse la cabeza con lecturas y conversaciones interminables, referidas a un “conocimiento indígena”, congruente con las fantasías occidentales del “indio sabio y poderoso”; pero que poco o nada tienen que ver con el conocimiento (mucho más profundo y práctico), existente entre los indígenas de carne y hueso. Esto dio como resultado el que se inventaran conocimientos indígenas, “casualmente” coincidentes con las corrientes esotéricas de moda. Así, proliferaron los cursos de “shamanísmo”, que permitían convertirse en shamán, en poco tiempo, o que le daban acceso a los participantes a la imitación de rituales, que al no tener ninguna conexión efectiva con la forma cotidiana de vivir, resultaban vacíos e inoperantes. Servían sólo para entretenerse y olvidar, por un rato, los mil y un problemas no resueltos de la propia vida.

Paradójicamente, las lecturas y engendros varios, que disfrazados de conocimiento indígena, empezaron a saturar el mercado de la literatura espiritual de los ochenta y los noventa, produjo un alejamiento mayor de los indígenas reales; que al no parecerse demasiado a los indios espectaculares de los libros de la moda new age, eran desdeñados por los lectores de tales libros, pues se consideraba que no eran indígenas “auténticos”, o que estaban “contaminados” por la colonización (al fin y al cabo, resultaban más emocionantes y coloridos los indios de los libros). Una vez más, para no variar la costumbre, los miembros de la cultura “civilizada” se adjudicaron el derecho y la capacidad de decir la palabra definitiva, en torno a los indios, ¡hasta el punto de establecerse en jueces capaces de determinar su autenticidad y su pureza étnica y espintual!.

Así las cosas, por una parte, los antropólogos llegaban a las comunidades para comprobar la efectividad de sus marcos teóricos, y a la vez, alimentar su propia importancia personal al ubicarse como “el que puede entender” la realidad indígena en base a su preparación intelectual; y por la otra, los consumidores de un

conocimiento indígena libresco y fantasioso estaban más interesados en sus libros que en acercarse a conocer

a los indios de carne y hueso, lo que les hubiera exigido tomarse el trabajo de afrontar las incomodidades que, para la gente de ciudad, implican las comunidades en que ellos viven. De este modo la posibilidad de 12

encontrarse humanamente con la experiencia del mundo y conocimiento indígena, de una manera integral, quedaba prácticamente borrada.

Triste panorama. En un momento de nuestra historia como especie sobre el planeta, en que requerimos con urgencia encontrar formas diferentes y más sanas de aproximarnos a la realidad y a la experiencia irrepetible que es vivir, la supervivencia física de indígenas, que conservan mucho del Conocimiento que nos está

haciendo falta, es como una última oportunidad de conseguir un verdadero descubrimiento, que ahora sí, dé

como resultado la transformación y el crecimiento; una oportunidad de oro -a punto de desaparecer- para que haya un verdadero encuentro con el otro, a través del cual podamos descubrir también al otro, que permanece oculto en cada uno de nosotros.

En mis trabajos con individuos y comunidades indígenas, he intentado no quedarme atorado en la inmovilidad fantasiosa, de los que no se toman el trabajo de ir y averiguar por sí mismos, cómo son las cosas en esas otras realidades que, supuestamente, les interesan, ni atorarme tampoco en la búsqueda de la autoafirmación del investigador de campo, que viaja a regiones remotas sin estar dispuesto a desprenderse de su propia descripción del mundo, que le bloquea la visión. Lo que he pretendído, ha sido llegar lo más lejos posible, dispuesto a dejar en el camino los jirones de mi propia historia, de mi propio ego y de mi propia descripción del mundo, para así, encontrarme lo más cerca posible de esos otros que nos son desconocidos. Si lo he logrado, al menos en parte, no me toca a mí decirlo, puedo tan sólo aportar el testimonio de mis esfuerzos.

Se trata de una narración subjetiva, lo cual asumo sin dificultad, a pesar de que los académicos tiendan a rechazar de antemano todo lo que sea subjetivo. A mí, en cambio, me interesa lo subjetivo porque, hace mucho, descubrí que nuestra experiencia de la realidad siempre es subjetiva y, que la percepción objetiva, no

es más que una fantasía de la razón, ya que no hay modo de que la percepción se produzca sin la participación

del “sujeto’ (uno mismo).

Por otra parte, aún cuando asumo el carácter subjetivo de mi trabajo, considero que uno de sus aspectos significativos, es ser un reportaje de algo que en realidad ocurrió. No lo inventé ni me lo imaginé, por lo que nos aporta un ejemplo de lo que puede ser ~en lo concreto~ un encuentro con una forma del conocimiento

indígena, con protagonistas vivos y cuya existencia puede ser comprobada.

, no está presente el lugar común básicamente libresco, del aprendiz que es elegido por sus características excepcionales, por el maestro perfecto que a partir de entonces lo convierte en el receptáculo de su conocimiento secreto, para después convertirlo en el oráculo que habrá de comunicar la revelación al mundo.

## CAPITULO III

### LOS TOLTECAS HISTORICOS

Los conocimientos históricos acerca de los toltecas, como todo lo que se refiere a nuestro pasado

prehispánico, son escasos y confusos. No sólo por la falta de documentos escritos o por la insuficiencia de vestigios arqueológicos, sino también por la dificultad que surge al tratar de comprender civilizaciones que tienen una percepción del mundo muy diferente, en relación a las referencias conceptuales del pensamiento y cosmovisión contemporáneos.

¿Cómo vivían los toltecas? ¿en qué se interesaban? ¿cómo era el mundo que percibían?... Las respuestas a tales preguntas serían igualmente dificiles si los toltecas mismos estuvieran presentes en este mismo instante y

frente a nuestros ojos, del mismo modo en que la observación directa del comportamiento o forma de vida de

los indígenas vivos en este mismo momento, no nos reporta necesariamente respuestas sustanciales a semejantes preguntas. En efecto, a pesar de años y años de observaciones de campo, estudios que van desde los informes de Sahagún hasta los modernos estudios antropológicos, el universo indígena sigue sin ser penetrado por los investigadores religiosos o científicos. Esto surge, naturalmente, de la noción eurocéntrica, que comparte el mundo en general, de que no hay más universo o más realidad que la que percibimos normalmente. Es por ello que el mundo indígena, pasado o presente, visto por ojos y pensamiento no- indígenas, es siempre una distorsión de lo que dicho mundo es en si mismo, tal como lo perciben los que en él viven.

Todos los estudios históricos, etnológicos y de las ciencias humanas en general, tendrían que revisarse y replantearse a partir de la propuesta donjuanista y fenomenológica de que el mundo, tal como lo percibimos, es una descripción que recibimos desde que nacemos, y que aprendemos a construir conforme nos incorporamos

al mundo social. Así, si colocamos a un indígena mazateco y a un hombre de ciudad en la misma habitación de

un edificio o en el mismo paraje de una montaña, se encontrarán, sin embargo, en realidades separadas y estarán viendo mundos distintos, y mientras que el indígena ve en la tabla estadística de la pared solo trazos sin sentido, el hombre de ciudad mira con preocupación el descenso en la productividad de su empresa, y mientras en el bosque el indígena escucha y aprende de los árboles, el hombre de negocios sólo verá materia prima susceptible de ser comercializada. Naturalmente, si el indígena hablara de las lecciones que recibe de sus hermanos árboles o de los espíritus del monte, el hombre de ciudad pensaría: !ah, estos inditos supersticiosos, pobrecitos..!”. Sin sospechar que él mismo es un prisionero, atrapado en su visión única del mundo. Sólo el Hombre de Conocimiento es capaz de cruzar las Lineas Paralelas, que mantienen a los mundos separados, para descubrir que hay más mundos, incontables, para ser percibidos y experimentados.

Más adelante nos ocuparemos con mayor profundidad de este tema.

La realidad indígena es pues, sumamente elusiva y mucho más cuando es una realidad pasada. Los mismos aztecas, sobre los que existe un gran número de vestigios etnográficos y documentos escritos en la misma época de la llegada de los españoles, son motivo de polémica y controversia, con muchas visiones históricas distintas que coexisten y compiten entre sí, en la actualidad. El caso de los toltecas de la antigúedad, mucho más lejanos en el tiempo, es un enorme misterio sobre el cual existen tan sólo leyendas. Leyendas que contaban los Aztecas. Leyendas que cuentan los etnohistoriadores. Leyendas que cuentan los cuenteros en algunas comunidades indígenas de México. Leyendas que cuentan los Marakame. Leyendas que cuentan los Hombres de Conocimiento. Leyendas que cuentan los Toltecas sobrevivientes, vivos en nuestro tiempo....

Por otra parte y más importante todavía que las leyendas y relatos , está el testimonio vivo, que son los toltecas de hoy, y que constituye uno de los temas centrales de este libro.

Conscientes de la dificultad casi insalvable de querer comprender el universo indígena desde nuestro universo occidental y contemporáneo y de la escasa información de que disponemos, comentemos, sin embargo, algunos de los rasgos del mundo tolteca que saltan a la vista, tanto en las leyendas y relatos

indígenas, como en las investigaciones académicas sobre el tema.

Aunque la historia oficial ubica a los toltecas en un período que va del siglo IX al XII, el origen de la Toltequidad se pierde en la noche de los tiempos, aunque los rastros más antiguos de ella, se encuentren en una línea, que de proyectarse a través del tiempo, se podría observar como olmecastehotihuacanos-toltecas, y que después de la desintegración de Tula, se proyectaría en ámbitos tan variados como wirrarikas, aztecas y mayas.

**Quetzakoatl**

La figura más destacada del mundo tolteca es sin duda Quetzalcoatl; la Serpiente Emplumada. Precisamente

por la presencia de su representación en códices y vestigios arqueológicos, es posible conocer el carácter tolteca de muchos pueblos precolombinos. Se la puede observar en las pirámides de Tula, Hidalgo, donde se encuentran los llamados “Atlantes”. La encontramos también en Xochicalco, Morelos, de donde se sabe, que era un sitio de encuentro para sabios de muchos grupos indígenas distintos; a Xochicalco acudían, en general, precisamente para profundizar aún más en el Conocimiento Tolteca, y en particular, en los múltiples aspectos de la relación hombre-universo. En Chichenitza, Yucatán, es la misma Serpiente Emplumada descendiendo por la pirámide principal, la que señala el inicio de la primavera cada 21 de marzo, en un asombroso efecto de sombras, que nos da un mínimo ejemplo de la profundidad y precisión de los conocimientos maya-toltecas acerca del universo. Así ocurre también en Xochicalco, donde una gruta ceremonial es iluminada por un orificio que se comunica con el exterior, precisamente en el solsticio que da inicio al verano, el 21 de junio. La conjunción ave-serpiente, la volvemos a encontrar en el emblema de Meshico Tenochtitlan, que se conserva hasta la fecha en la bandera de México. Los ejemplos podrían multiplicarse, hasta alcanzar la mayor parte de nuestro territorio y el de los paises centroamericanos.

Quetzalcoatl representa muchas cosas, que se refieren tanto a eventos históricos como a símbolos de tipo filosófico y espiritual. Se le conoce como el héroe cultural y civilizador que lleva a los toltecas a su más alto nivel de desarrollo técnico y espiritual. Y aunque todo parece indicar que existió un Quetzalcoatl humano, y que

fue gobernante de Tula, el símbolo de la Serpiente Emplumada, en la que se representa la elevación de lo que

antes se arrastraba, transciende al personaje histórico, al cual se llamaba Quetzalcoatl, precisamente por haber logrado en su persona semejante elevación espiritual. Conviene recordar que en las más altas culturas precolombinas, religión y ciencia no estaban separadas, sino que formaban parte de un saber integral, que permitía una adecuada relación del individuo con su mundo. Por ello no es extraño que la sabiduría de Quetzalcoatl, también llamado Huemac, se expresara lo mismo en conocimientos técnico-científicos, como en lo relativo al desarrollo de la conciencia y la vida espiritual.

**Los Toltecas se dispersan**

Se asocia a la misteriosa partida o desaparición de Huemac-Quetzalcoatl el fin del esplendor tolteca y existen

múltiples relatos y leyendas en torno a este asunto. Sea como fuere, hacia finales del siglo XII Tula es abandonada y los Toltecas de desintegran. Errantes, se distribuyen hacia diferentes regiones de Mesoamérica, las cuales, en mayor o menor medida, se ven enriquecidas por la presencia de los sabios toltecas. A partir de

este período, y por causa de la influencia tolteca, es por lo que los mayas alcanzan alturas nunca antes vistas

en su saber.

Algunos de los grupos procedentes de la antigua Tula, se asientan en las inmediaciones de Nayarit y Sinaloa, fusionándose con grupos existentes en la región, inclusive con aquel que más tarde se conocería como wirrarikas, y que en ese tiempo todavía habitaban en las costas de los limites entre Nayarit y Sinaloa, cinco siglos antes de que la invasión española los obligara a refugiarse en las altas sierras, donde hasta la fecha se encuentran. Precisamente en esa región y de población básicamente tolteca, se formó la famosa Aztlán, de donde procedían las doce tribus que después de un peregrinar de doscientos años y siguiendo un mensaje del mundo del soñar, fundarían Meshico Tenochtitlan, dando origen al pueblo Meshica, también conocido como los aztecas. (véase de Gutierre Tibón “Historia del Nombre y Fundación de la ciudad de México”)

## CAPITULO IV

### TOLTECAYOTL